



CARDINAL RIGALI CENTER
20 ARCHBISHOP MAY DRIVE
ST. LOUIS, MISSOURI 63119
P) 314.792.7841
F) 314.792.7842
ARCHSTL.ORG

Robert J. Carlson, Arzobispo de St. Louis | Mensaje Pastoral sobre Inmigración y Reconciliación

“Señor, hazme un instrumento de tu paz. Donde haya odio, que yo ponga el amor; donde haya ofensa, que yo ponga el perdón; donde haya duda, que yo ponga fe; donde haya desesperación, que yo ponga esperanza; donde haya oscuridad, que yo ponga luz; donde haya tristeza, que yo ponga alegría...”

Es con estas palabras iniciales de la oración atribuida a San Francisco de Asís en mi corazón y mi mente que deseo dirigirme a los fieles de la Arquidiócesis de St. Louis y a la gente de buena voluntad en este mensaje pastoral sobre inmigración y reconciliación.

Como un pueblo de Dios y ciudadanos de esta gran nación, hemos permanecido atentos a la historia, cultura e identidad de inmigrantes que nos une como una sociedad luchadora, acogedora y floreciente. Sabemos que nuestras antiguas generaciones de inmigrantes y sus familiares también enfrentaron el odio y la discriminación. Sin embargo, nuestros valores fundamentales como estadounidenses han reflejado lo mejor de lo que somos y de quienes deseamos ser. Con una gran determinación, la primera ola de inmigrantes europeos de esta nación construyó barrios, pueblos, ciudades y un modo de vida común que reveló su respeto por la dignidad humana de cada persona y sus aspiraciones colectivas por lo mejor de los procesos democráticos y el compromiso cívico.

Del mismo modo, en nuestro camino de fe, nuestros valores evangélicos nunca han estado lejos de nuestras prácticas individuales e institucionales, incluso cuando hemos quedado cortos. Por medio del don de la fe, hemos llegado a experimentar la compasión y reconciliación de Dios (2 Corintios 5, 14-20). Y por medio de este mismo don hemos aprendido a vivir como una familia humana bajo Dios: "Ya no hay diferencia entre judío y griego; entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús. Y si ustedes son de Cristo, también son descendencia de Abraham y herederos de la promesa" (Gálatas 3, 28-29).

Esta promesa de ser uno en Cristo, aunque no perfeccionada en nuestro tiempo, nos provee la dirección correcta y la cadencia a seguir. Como iglesia peregrina, nuestro caminar en y con el Señor siempre nos ha obligado a vivir una compasión más visible: "Vengan benditos de mi Padre... porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui extranjero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas y me vistieron. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver" (Mateo 25, 34-35).

Esta compasión por los hambrientos, sedientos y percibidos como extranjeros entre nosotros es una prioridad para nosotros como iglesia y pueblo de fe. En nuestros servicios arquidiocesanos y parroquiales, en las organizaciones e iniciativas caritativas, continuaremos trabajando duro para asegurar que estemos llegando a los necesitados, especialmente a nuestras hermanas y hermanos inmigrantes y refugiados. Junto con nuestros compañeros y colaboradores, serviremos con dignidad, siempre conscientes de nuestro peregrinaje compartido en el camino hacia el Señor (Éxodo 22, 21; Deuteronomio 10,19).

Nuestra compasión en alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y dar la bienvenida al extranjero también debe conducirnos al anhelo espiritual más profundo de reconciliación y solidaridad que se encuentra en nuestro corazón humano. En la Arquidiócesis de St. Louis, este anhelo de reconciliación y solidaridad con otros ha incluido el trabajo por la justicia racial y la reforma migratoria integral. A lo largo de los años, hemos estado atentos a la ruptura en nuestras familias, barrios, ciudades y regiones, y nos hemos esforzado por responder con intencionalidad y esperanza.

Si bien los desafíos que enfrentamos en cualquier momento pueden ser abrumadores, nuestra confianza en el Señor siempre nos ha guiado en la dirección correcta. Como iglesia y comunidad de fe, hemos aprendido a estar atentos para responder mejor a las necesidades de nuestro mundo. Hoy, muchos de nuestros hermanos y hermanas están sufriendo dificultades debido a estructuras de poder injustas e insensibles que tienen poco respeto por la dignidad de las personas y el bien común.

Vivimos en un tiempo que ha dado lugar a un número sin precedentes de seres humanos que se convierten en extranjeros en sus propias tierras. La crisis migratoria y de refugiados continúa intensificándose para muchos en nuestra comunidad humana. Más y más, somos testigos de imágenes de destrucción, violencia y persecución religiosa. La gente buena y amorosa tiene que tomar decisiones difíciles, arrancándose de su familia y amigos y poniendo sus vidas a merced de los demás. Desafortunadamente, las condiciones violentas que los migrantes enfrentan han llevado a muchos a padecer grandes sufrimientos e incluso trágicas muertes.

Y aquí, en casa, hemos visto cómo un discurso lleno de odio y retórica deshumanizante puede convertirse en un catalizador de actitudes y comportamientos que conducen a una mayor discordia, división y decepción. Es evidente que estas elecciones nacionales revelaron profundos resentimientos, ira y dolor en muchos sectores de nuestra sociedad e iglesia. En algunos casos, la voz de la razón y la verdad ha dado paso a un temor y represalias desenfrenados. Los individuos de nuestras comunidades de inmigrantes y refugiados están entre los que son blanco de discriminación, acoso y crímenes de odio.

Como su obispo y pastor, estoy preocupado por el impacto nocivo que este divisivo y odioso clima cultural está teniendo en nuestra sociedad y en las comunidades de inmigrantes y refugiados. Soy particularmente sensible a los dilemas y temores que enfrentan nuestras familias hispanas debido a la incertidumbre del entorno político y social que se despliega. Para muchas de nuestras familias hispanas, y especialmente para los niños, los sentimientos anti-inmigrantes y el temor están creando una atmósfera de ansiedad, apartamiento y aislamiento más profunda.

Si bien queda mucho por ver en nuestra nueva realidad política y social, y esta puede estar más allá de nuestro alcance inmediato, lo que no está lejos de nosotros es nuestra elección personal de cómo responder. Hoy, con espíritu de compasión y reconciliación, deseo reafirmar mi propio compromiso pastoral de acompañar a nuestras familias tanto inmigrantes como refugiadas. Quiero expresar mi compasión pastoral por estas familias que necesitan manos acogedoras y amorosas. Directamente a ellas les quiero decir: Ustedes no están solos, yo estoy con ustedes.

Como he hecho en ocasiones anteriores, exhorto a los fieles de las Arquidiócesis de St. Louis y a las personas de buena voluntad a unimos en solidaridad con nuestras comunidades de inmigrantes y refugiados. Invoco a cada uno de nosotros a ser instrumento de compasión y reconciliación. Permitámonos llevar el amor allí donde se siembre el odio, el perdón allí donde el prejuicio busque tener ventaja, y la esperanza allí donde la incertidumbre reine. Que sea nuestro compromiso de caminar con el inmigrante y el refugiado una luz en la oscuridad que otros puedan ver y seguir. San Francisco de Asís y San Luis Rey, rueguen por nosotros.